

2. La existencia

Introducción

La existencia da lugar a una gran cantidad de interrogantes típicamente filosóficos que yacen en el corazón mismo de la metafísica. En este capítulo abordaremos los siguientes. En primer lugar, ¿cuál es la extensión o el ámbito del ser?¹ Y en especial, ¿existen las entidades no actuales o meramente posibles? ¿Es lo que existe de forma actual sólo una parte de todo lo que existe? En segundo lugar, ¿por qué existe el universo? ¿Por qué hay algo en lugar de nada? Y ¿por qué se da *este* algo en lugar de alguna otra cosa? En tercer lugar, ¿hay objetos no existentes? ¿Por qué alguien habría de pensar que los hay? En cuarto lugar, ¿qué es la existencia? Y, en especial, ¿es la existencia una propiedad de los objetos ordinarios o no? ¿Por qué es importante la forma en que contestemos esta pregunta? Responder los interrogantes 3 y 4 nos exigirá profundizar en cuestiones complejas referidas al significado, la denotación y la estructura lógica.

El gran ámbito del ser

Es muy natural pensar que existe sólo lo que existe de manera actual. Por supuesto, podría haber cerdos voladores, dragones que arrojan llamas, montañas de oro, máquinas de movimiento perpetuo, y así sucesivamente. Pero tales cosas no existen. Habrían podido hacerlo, pero no lo hacen. David Lewis, sin embargo, no está de acuerdo. Lo que habría podido existir, dice, existe, en al-

¿Qué es eso llamado metafísica?

gún otro mundo posible. Los mundos posibles existen también, exactamente de la misma manera en que lo hace el mundo actual. En eso reside la tan criticada doctrina del realismo **modal**. Lewis ha escrito:

Abogo por una tesis de la pluralidad de los mundos o del *realismo modal*, la cual sostiene que nuestro mundo es un mundo entre otros. Hay incontables mundos alternativos, cosas de tipo muy incluyente [...] Están aislados: no hay en absoluto relaciones espaciotemporales entre cosas distintas que pertenecen a mundos diferentes. Y lo que sucede en un mundo no puede hacer que suceda una cosa en otro [...] Los otros mundos son de la misma especie que este mundo nuestro [...] Este mundo tampoco difiere de otros en su manera de existir [...] Los mundos no son productos nuestros².

La doctrina del realismo modal se puede sintetizar en estas siete tesis:

1. Los mundos posibles (incluyendo el nuestro) existen.
2. Son de la misma especie que nuestro mundo.
3. Los mundos posibles, al igual que el mundo actual, no pueden ser reducidos a otra cosa.
4. No hay nada ontológicamente especial respecto del mundo actual. Cada mundo es actual *para sus habitantes*.
5. «Actual» es simplemente una expresión deíctica, como «aquí».
6. Los mundos posibles están espaciotemporalmente aislados y, por consiguiente, causalmente aislados entre sí.
7. Los mundos posibles no dependen de la mente.

Es importante tener claras las implicaciones de la doctrina del realismo modal. Éste no es la concepción de que «muchos mundos existen actualmente» (una concepción a veces propuesta por algunos intérpretes de la mecánica cuántica). Según esta última, el mundo actual sería mucho mayor de lo que creemos que es, y eso no es lo que piensa Lewis. El realismo modal tampoco es la concepción de que hay mundos posibles o seres posibles que no existen. Para Lewis no hay diferencia entre «hay Fs» y «los Fs existen». Su tesis es que el conjunto de las cosas que actualmente existen es sólo un subconjunto de todas las cosas que existen, del mismo modo que el conjunto de las personas que viven en Camberra es un subconjunto de toda la población mundial, o el conjunto de las personas que estaban vivas en 1940 es un subconjunto de las personas que vivieron en el siglo xx.

Cada mundo posible corresponde a una forma diferente en que podría haber sido nuestro mundo. Algunos mundos posibles son como nuestro mundo: al igual que éste, contienen hombres y asnos de carne y hueso. Pero otros mundos posibles son más exóticos, y contienen tipos de entidades jamás imaginadas en este mundo. Los mundos posibles son mundos concretos como el nuestro, irreducibles a cualquier otra cosa (por ejemplo, a objetos abstractos tales como conjuntos de proposiciones).

De acuerdo con el realismo modal, el modo de existencia actual (o sea, el que es característico del mundo actual) no tiene estatuto privilegiado alguno. El modo de actualidad no es un indicio de lo real, ya que otros mundos son igualmente reales. La palabra «actual» proferida por un habitante de cualquier mundo se refiere simplemente al mundo en que vive ese habitante. Cada mundo es actual para sus habitantes, así como cada lugar es un «aquí» para quien lo ocupa. «Actual» es meramente una **expresión deíctica**.

Además, Lewis piensa que los mundos posibles son unidades espaciotemporales, y que éstas se hallan espaciotemporalmente aisladas unas de otras. No existe una distancia espacial o temporal entre los mundos posibles³. Finalmente, los mundos posibles no son ficticios, no son invención nuestra. Todos los mundos posibles (incluido el nuestro) existen independientemente de nosotros: no somos la causa de que se hayan originado ni de que sigan existiendo.

El realismo modal

La doctrina del realismo modal procede en dos pasos. Primero analiza el habla modal ordinaria en términos del lenguaje del mundo posible. La oración verdadera «podría haber habido cisnes azules» es vertida como «hay un mundo posible que contiene cisnes azules». En segundo lugar, suscribe el realismo acerca de los mundos posibles y sus pobladores. Otros mundos posibles existen exactamente de la misma manera en que lo hace el nuestro. Los cisnes azules existen, pero no en nuestro mundo. Algunos filósofos niegan que el habla modal conlleve una cuantificación implícita sobre otros mundos. Otros aceptan la traducción al lenguaje de los mundos posibles, pero niegan que estos últimos existan. El mundo actual tiene un estatuto privilegiado: es el único que existe. Pero entonces, ¿qué haría que fuera verdadero que haya un mundo posible que contiene cisnes azules, si no fuera por la existencia de un mundo concreto que contiene cisnes azules? Los actualistas, como son conocidos, postulan, en lugar de un mundo, algún hacedor de verdad sucedáneo: por ejemplo, un conjunto completo y consistente de oraciones entre las que se encuentra la oración «Los cisnes son azules». Este conjunto sería lo que hace verdadero que hubiera podido haber cisnes azules. Pero ¿es esto plausible? Incluso si no hubiera habido semejante conjunto de oraciones (por ejemplo, si no hubieran existido mentes), habría podido haber cisnes azules.

¿Por qué existe nuestro mundo?

El realismo modal de Lewis tiene implicaciones para una de las preguntas más enigmáticas sobre la existencia: ¿Por qué existe nuestro mundo? Esta pregunta se puede dividir, por conveniencia, en dos interrogantes: ¿Por qué hay algo en vez de nada? y ¿Por qué hay *esto* en lugar de alguna otra cosa?

Lewis tiene una respuesta rápida al primer interrogante. Para Lewis no podría haber

[...] un mundo completamente vacío. Un mundo no es como una botella vacía de cerveza. El mundo es la totalidad de las cosas que contiene [...] Si no existe ni siquiera la botella, entonces no habrá nada en absoluto [...] Podría no haber mucho [en un mundo]: quizás algún segmento espaciotemporal sin ocupar, o quizás sólo un punto dentro de él. Pero «no mucho» ya es algo, y no hay mundo alguno donde no haya absolutamente nada. Eso hace que sea necesario que haya algo⁴.

Lewis no considera esto como una explicación de por qué hay algo en lugar de nada (él piensa que no existe tal explicación). Simplemente cree estar mostrando que la pregunta está basada en un falso supuesto: el de que hubiera podido no haber absolutamente nada, un mundo absolutamente vacío.

Sin embargo, incluso si Lewis se equivocase a este respecto y un mundo vacío pudiese existir, su doctrina del realismo modal seguiría teniendo implicaciones para la pregunta de por qué hay algo en lugar de nada. Si existe un mundo posible vacío, todavía podemos responder: el «en lugar de» pierde relevancia: habría la nada (en el mundo vacío posible). Según el realismo modal, ese mundo existiría tanto como el nuestro.

En cuanto a la pregunta «¿por qué *esto* en lugar de alguna otra cosa?», quien la formula tiene normalmente en mente una pregunta más específica como «¿por qué este mundo contiene la vida en lugar de no contenerla?». Derek Parfit ha descrito muy bien de dónde proviene nuestro interés por esta pregunta:

Para hacer la vida posible, habría que seleccionar las condiciones iniciales con un tipo de precisión como el que se requiere para acertar en un blanco pequeño situado en una galaxia distante. Debido a que no es arrogante considerar la vida como algo muy especial, esta aparente afinación necesita ser explicada. De entre la infinidad de condiciones iniciales posibles, ¿por qué las que permiten la vida fueron *justamente* las que efectivamente se dieron?⁵.

Una respuesta obvia es la teística: Dios, cuya existencia es necesaria, dispuso que las cosas fueran de esa manera. Pero evidentemente se trata de una buena respuesta sólo si existe Dios. (Véase al respecto el capítulo 1.) Otra respuesta es que no hay respuesta: sucede sencillamente que el universo actual permite la vida, y que eso no es algo que se pueda explicar. Pero esta respuesta no suele ser satisfactoria. Afortunadamente, hay una tercera opción:

Nuestro universo podría no ser toda la realidad. Algunos físicos sugieren que hay muchos otros universos; o, para evitar confusiones, *mundos*. Estos mundos tienen las mismas leyes naturales que nuestro propio mundo, y emergieron de Big Bangs similares, pero cada uno tiene condiciones iniciales ligeramente diferentes. En esta *hipótesis de la abundancia de mundos* no habría necesidad de afinaciones. Si hubiera un número

ro suficiente de Big Bangs, no tendría nada de sorprendente que en algunos de ellos estuvieran dadas las condiciones para la vida. Y no sería sorprendente que nuestro Big Bang formara parte de ese pequeño grupo⁶.

Aunque es posible que Parfit no tuviera en mente la doctrina del realismo modal de Lewis cuando escribió estas líneas, el realismo modal expresa la misma idea de otra manera. Si el realismo modal es verdadero, y nuestro mundo se cuenta como uno más entre un sinnúmero de mundos, entonces no es tan sorprendente que éste albergue la vida. Muchos otros lo harían, y el nuestro sólo sería uno de ellos. Por lo tanto, el realismo modal haría innecesaria una explicación teística. Dado que el realismo modal explica algo que de otra manera resultaría enigmático, tiene al menos esta ventaja a su favor.

¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Durante siglos, muchos han pensado que esta pregunta exige una respuesta, y que sólo puede ser contestada recurriendo a Dios. Habría algo en lugar de nada porque Dios decidió crear este universo y las criaturas que éste contiene. Pero incluso si creemos que no existe Dios, la pregunta parece razonable. Hay, por supuesto, algunos que no la consideran razonable, y piensan que no se le puede dar una respuesta interesante. Coincidieron circunstancias iniciales que permitieron la emergencia del universo físico y la evolución de la vida. Pero no habría una explicación de por qué fueron justamente esas circunstancias iniciales las que se dieron. Muchos se conforman con eso, pero otros no. Si la probabilidad de que se den circunstancias iniciales que permitan la vida es tan baja, hasta un grado de inverosimilitud, ¿no tendría que haber una explicación de por qué dichas circunstancias se dieron? Cuando se formula esta pregunta, se presupone que hay un solo mundo: el mundo actual. Pero si esta suposición fuera falsa, como creen los realistas modales, nuestro mundo no sería más que uno entre muchos mundos que permiten la vida. En ese caso, no sería tan misterioso que nuestro mundo permitiera la vida: muchos mundos lo harían, y el nuestro sería tan sólo uno más entre ellos.

Examen del realismo modal

Lewis afirma que el realismo modal posee una serie de virtudes entre las que destaca la de permitir un análisis ingenioso de las expresiones modales que empleamos al hablar (expresiones como «podría», «debo», «posiblemente», «necesario», etc.) y de nuestro uso de los enunciados contrafácticos (o sea, condicionales de la forma «Si A no hubiese ocurrido, tampoco habría ocurrido B»). Así, todos entendemos el enunciado «Los cerdos no vuelan», y sabe-

mos qué es lo que lo hace verdadero: cómo son las cosas actualmente. Sin embargo, también entendemos el enunciado «los cerdos podrían volar», y consideramos que es verdadero. Pero ¿qué hace que lo sea? No, presumiblemente, el estado de cosas actual. ¿Qué, entonces? Lewis ofrece una respuesta: el modo de ser de las cosas en otro mundo posible (muy diferente del nuestro). El enunciado «los cerdos podrían volar» es reformulado por Lewis como «hay un mundo posible en el que los cerdos vuelan». Dado que existe ese mundo, y dado que ese mundo es un mundo concreto como el nuestro, el misterio acerca de qué es lo que hace que verdades modales como ésta sean verdaderas quedaría resuelto. De manera similar, enunciados de la forma «posiblemente P» son reformulados como «hay un mundo posible en el que P», y enunciados de la forma «necesariamente P» son reformulados como «en todos los mundos posibles, P». «Posiblemente» y «necesariamente» serían, por lo tanto, asumidos como **cuantificadores** que rigen mundos posibles.

Surge, sin embargo, una duda en el caso de aseveraciones modales sobre individuos particulares y actuales. Supongamos que digo «Gore habría podido ganar las elecciones presidenciales estadounidenses de 2000», y que eso es verdadero. ¿Qué es lo que lo hace verdadero? Al igual que antes, Lewis responde: la manera en que las cosas son en otro mundo posible. Pero ¿cómo son las cosas en ese otro mundo posible? ¿Se encuentra entre ellas el propio Gore, alegrándose de su victoria? Ésa sería una manera de ver la cuestión. Según la teoría de la existencia múltiple [*multiple-existence theory*], los individuos existirían en más de un mundo posible.

Sin embargo, Lewis no opina lo mismo. Para él, como para Leibniz, los individuos están ligados a un mundo. Gore existe en un mundo (el nuestro) y en ningún otro. ¿Cómo, entonces, podría un mundo posible que no contenga a Gore ser el hacedor de verdad [*truth-maker*] del enunciado «Gore habría podido ganar las elecciones estadounidenses de 2000»? La respuesta de Lewis es que ese otro mundo contendría un *correlato* de Gore (alguien muy similar a Gore, pero que no es él) que ganaría las elecciones de 2000. Por lo tanto, el que Gore habría podido ganar las elecciones presidenciales de 2000 es cierto porque hay un mundo posible, similar al nuestro, que contiene un correlato de Gore que gana las elecciones.

He ahí, pues, el contraste entre la teoría de la existencia múltiple y la teoría correlacionalista [*counterpart theory*]. Ha sido célebre la protesta de Saul Kripke de que la teoría correlacionalista no consigue hacer justicia a nuestras aseveraciones modales:

[De acuerdo con la teoría correlacionalista,] si decimos «Humphrey habría podido ganar las elecciones...», no estamos hablando de algo que le habría podido pasar a *Humphrey*, sino a otra persona, a un «correlato». Es probable, sin embargo, que a Humphrey le traiga sin cuidado si alguna otra persona, por mucho que se le parezca, obtiene o no la victoria en otro mundo posible⁷.

Se ha discutido prolijamente si la objeción de Kripke es o no acertada. Los teóricos correlacionalistas responden que el que un correlato de Humphrey gane las elecciones es justamente lo que significa que sea verdadero que Humphrey habría podido ganar las elecciones. Eso es algo que niega el teórico de la existencia múltiple. No está claro quién sale airoso de este debate. Pero podemos defender una tesis más débil. La teoría de la existencia múltiple proporciona una semántica más fluida de nuestro discurso modal que su rival teórico. Según la teoría de la existencia múltiple, «Gore habría podido ganar las elecciones» es verdadero sólo si hay un mundo posible en el que Gore gana las elecciones. Ésta es una explicación más sencilla que la del teórico correlacionalista, y constituye un punto a favor de la teoría de la existencia múltiple.

Muchos filósofos han criticado el realismo modal que ha estado sirviendo de telón de fondo a la discusión precedente. Debido a su profusión ontológica, el realismo modal es una doctrina que cuenta con pocos partidarios. Muchos lo encuentran enormemente inverosímil. Y no es de extrañar. Se nos pide que creamos que hay mundos que contienen asnos que hablan y cerdos voladores, y que estos últimos existen exactamente en el mismo sentido en que existen nuestros asnos y cerdos. Pero si respondemos así, deberíamos reconocer que Lewis nos plantea un desafío: el de que expliquemos qué es lo que hace que nuestras aseveraciones modales sean verdaderas, sin recurrir para ello a mundos posibles contruidos de manera realista. Quizás no sea imposible salir airoso de él. Por ejemplo, según la concepción narrativa [*the story view*], un enunciado como «los cerdos podrían volar» es verdadero si el enunciado «los cerdos vuelan» es miembro de alguna narración completa y consistente (un conjunto de enunciados). Pero los defensores del realismo modal objetarán que las posibilidades son objetivas e independientes de la mente: incluso si no hubiera habido enunciados, habría cerdos voladores. Por lo tanto, añadirán, la concepción narrativa no puede ser correcta. El debate continúa.

¿Qué deberíamos concluir acerca del realismo modal de Lewis? Se trata de una doctrina con ventajas explicativas importantes. Proporciona hacedores de verdad inequívocos para nuestras aseveraciones modales. Socava un supuesto de la pregunta enigmática «¿por qué hay algo en lugar de nada?» y permite responder sin rodeos a la pregunta «¿por qué este mundo contiene la vida en lugar de carecer de ella?». Sin embargo, estas ventajas son contrarrestadas por su desmesura ontológica. Se espera que creamos que los dragones, los duendes y las montañas de oro existen exactamente de la misma manera en que lo hacen los caballos, los árboles y las rocas. Se trata de algo difícil de admitir. Sin embargo, quien rechaza el realismo modal nos queda debiendo una explicación alternativa sobre los hacedores de verdad de las aseveraciones modales, y está obligado a decirnos por qué, de todos los mundos posibles, el nuestro habría de tener el privilegio de existir.

Objetos no existentes

Puede ser que Lewis se aparte del sentido común cuando se refiere a lo que existe, pero al menos no afirma que haya cosas inexistentes. En cambio, Colin McGinn sí lo hace. Es un defensor contemporáneo de la idea de que hay objetos inexistentes. En un libro reciente ha escrito:

[...] nos parece natural hablar de la siguiente manera. No todo aquello a lo que nos referimos existe: Venus lo hace, pero Vulcano no; los caballos lo hacen, pero los unicornios no. Hay entidades meramente ficticias, y hay cosas que realmente existen. Existir es poseer una propiedad que sólo tienen algunas de las cosas a las que nos referimos: las que existen, a diferencia de las que son meramente ficticias⁸.

Al proponer este punto de vista, McGinn está siguiendo los pasos del filósofo austríaco Alexius Meinong, quien no vaciló en defender lo inexistente, amén de muchas otras cosas. ¿Por qué Meinong sostuvo una opinión tan insólita? He aquí un famoso pasaje de Bertrand Russell:

Se ha argumentado —por ejemplo, por Meinong— que podemos hablar de la «montaña de oro», «el cuadrado redondo», etc.; que podemos formular proposiciones verdaderas que tienen estas expresiones como sujeto, y que, por lo tanto, éstas deben tener algún tipo de existencia lógica, ya que de otra manera las proposiciones en las que aparecen carecerían de significado. En tales teorías, me parece, falla ese sentido de la realidad que debería preservarse hasta en los estudios más abstractos. La lógica no debería mostrar más tolerancia hacia los unicornios que la zoología; pues la lógica se ocupa del mundo real no menos que lo hace la zoología, aunque empleando rasgos más abstractos y generales. Decir que los unicornios tienen una existencia en la heráldica, en la literatura o en la imaginación es una evasiva extremadamente lamentable y ridícula⁹.

El propósito central de Russell en el capítulo del cual fue extraída esta cita, así como en su artículo, más famoso, de 1905 «On Denoting» [Sobre la denotación], es frustrar la coherencia del argumento de Meinong¹⁰. Del mero hecho de que un sujeto gramatical sea significativo y figure en oraciones verdaderas y significativas no se sigue que haya algo a lo que se refiere. Por lo tanto, Russell rechaza decididamente la idea de que el significado sea lo mismo que la referencia. Decidida, mas no completamente: Russell piensa que hay un rango restringido de términos singulares genuinos para los que el significado equivale a la referencia (por ejemplo, el pronombre de la primera persona del singular «yo» o aquellos términos que se refieren a las experiencias inmediatas de cada uno, tales como «este dolor de cabeza»). Para Russell, términos como éstos son los únicos términos denotativos¹¹. El uso adecuado de ellos («nombres propios desde el punto de vista lógico», como se los conoce) garantiza que tengan un referente.

Alexius Meinong (1853-1920)

Alexius Meinong fue un filósofo austriaco, muy influido por su maestro, Franz Brentano (1837-1917). A partir de 1889, Meinong enseñó en la Universidad de Graz, e hizo importantes contribuciones a la filosofía y a la psicología filosófica. La obra de Meinong parte de su filosofía de la mente y, en particular, de la tesis de Brentano sobre la intencionalidad, la tesis de que una característica de lo mental y de los estados mentales es estar dirigidos hacia objetos. Esta tesis indujo a Meinong a proponer una teoría a gran escala de los objetos que incluye objetos posibles (la montaña de oro), objetos imposibles (el triángulo cuadrado) y objetos incompletos (algo alto). Cualquier sujeto de una proposición verdadera es un objeto. Para Meinong, la oración «el triángulo cuadrado es un triángulo» es verdadera, y por lo tanto hay un triángulo cuadrado. Estos objetos son independientes de la mente, pero como objetos potenciales de pensamiento. Meinong también creyó en valores objetivos, tales como el bien y la belleza, que serían detectables por medio de las emociones y los deseos.

Todos los demás términos gramaticales susceptibles de cumplir la función de sujeto (los nombres propios ordinarios, las descripciones definidas, etc.) son impostores. Dan la apariencia de estar ejerciendo la función denotativa, pero no lo hacen en absoluto. Las oraciones que los contienen poseen una estructura gramatical que no coincide con su verdadera **estructura lógica**. Y la intención de la teoría russelliana de las descripciones es exhibir su verdadera estructura lógica.

En el caso de algunas descripciones definidas (como expresiones de la forma «el tal-y-tal»), es claro que la estructura gramatical y la estructura lógica difieren entre sí. Considérese:

(1) La familia media tiene 2,3 hijos.

Desde un punto de vista gramatical, tenemos aquí un sujeto y un predicado (de la forma «Fa», donde «a» es el término-sujeto y «F» es el predicado). Pero el término-sujeto «la familia media» es un término singular espurio. Su función no es denotar a una familia en particular de la que luego se dice que tiene 2,3 hijos. Cualquiera que piense eso habrá entendido mal el significado de esta oración. La estructura lógica de (1) es exhibida por:

(2) El número de hijos dividido por el número de familias = 2,3.

(1) es simplemente una forma abreviada de expresar (2), y (2) expresa el resultado de una división aritmética. Tiene la forma «a / b = c», y no «Fa». Adicionalmente, en (2) no hay un término destinado a referirse a la familia media, y eso, para Russell, es un signo inequívoco de que la descripción «la familia me-

dia», aunque sea gramaticalmente un término-sujeto, no es un término singular genuino. (Para Russell, la denotación genuina es irreducible.) Aunque este término-sujeto tenga un significado, su función no es la de denotar algo.

Eso basta para revelar un error en el razonamiento de Meinong. Pero Russell se proponía mostrar además que el razonamiento de Meinong adolece de un fallo generalizado, no limitado al caso de descripciones específicas como «la familia media». La mayoría de la gente entiende las convenciones que subyacen a la forma «el tal-y-tal promedio es F», y es poco probable que caiga en el engaño de creer que el término-sujeto contenido en ellas es un término denotativo. Pero hay casos que se prestan a confusión. Por lo tanto, Russell quería que su teoría mostrara que ninguna descripción (definida o indefinida) es un término denotativo genuino. La estructura gramatical de oraciones que contienen descripciones no sería en absoluto equiparable a su estructura lógica.

De acuerdo con la teoría russelliana de las descripciones, las descripciones son cuantificaciones existenciales encubiertas. Cuando las descripciones aparecen en oraciones de la forma «un F es G» y «el F es G», no son términos singulares genuinos, aunque constituyan términos-sujeto gramaticales. La verdadera estructura lógica de «un F es G» es captada por $\exists x (Fx \text{ y } Gx)$ (es decir, algo es a la vez F y G). La verdadera estructura lógica de «el F es G» está captada por $\exists x [Fx \text{ y } (y) (\text{si } Fy, \text{ entonces } x = y) \ \& \ Gx]$ (es decir, hay un x tal que es F, y x es la única cosa que es F, y x es G).

En los resultados de estos análisis no aparecen términos singulares denotativos; sólo la cuantificación (el cuantificador existencial «hay» y el cuantificador universal «para todos»), la predicación («F» y «G») y la identidad («=»). No hay nada en ellos que corresponda a «un F» o «el F». Por lo tanto, los que parecían ser términos denotativos resultan, una vez analizados, funcionar lógicamente como cuantificaciones, y éstas no son, por descontado, términos denotativos. Si digo «Hay un hombre calvo en la habitación», no me estoy refiriendo a un hombre calvo en particular, aunque lo que digo será verdadero sólo si alguien (cualquier persona) en la habitación satisface dicha descripción. Las oraciones cuantificadas son satisfechas, o no, por objetos. Si Guillermo fuera el único hombre calvo en el mundo, la calvicie de Guillermo haría verdadera la oración «alguien es calvo». Pero si en vez de ello Federico fuera el único hombre calvo en el mundo, entonces la calvicie de Federico haría verdadera esa misma oración. En cambio, una oración que contenga un término singular genuino es hecha verdadera o falsa únicamente por los estados y efectos del objeto denotado. Da igual cómo sean las demás cosas.

Aparte de su teoría de las descripciones, Russell tenía otra tesis aun más controvertida: los nombres propios ordinarios son descripciones encubiertas y, por lo tanto, cuantificaciones disimuladas. A pesar de las apariencias, los nombres propios ordinarios no son términos singulares genuinos o términos denotativos. Los únicos términos singulares genuinos son los que Russell considera nombres propios en sentido lógico, y que denotan elemen-

tos mentales corrientes conocidos infaliblemente. Por lo tanto, la categoría gramatical de términos-sujeto se subdivide en los (escasos) términos denotativos genuinos y en el resto, que en definitiva es convertible a cuantificaciones.

Éste no es el sitio apropiado para hacer un estudio de la filosofía del lenguaje de Russell de 1905. Su teoría de las descripciones es todavía aceptada por muchos, aunque no está libre de dificultades. La idea de que los nombres propios ordinarios son descripciones encubiertas es generalmente rechazada hoy (en gran parte debido a los trabajos de Saul Kripke)¹². La razón de discutir aquí las teorías de Russell es doble. En primer lugar, éstas muestran cómo oponernos a la suposición de que cada término-sujeto con sentido se corresponde con un objeto, y nos protege así de los excesos ontológicos de Meinong. En segundo lugar, Russell, al alegar que los nombres y descripciones ordinarios son cuantificaciones encubiertas, distingue entre la gramática exterior y la estructura lógica. Por lo tanto, deja abierta la posibilidad de entender «existe» —tal como esta palabra aparece, por ejemplo, en «George Bush existe», «Superman no existe» y «los tigres existen»— como un cuantificador existencial encubierto, a pesar de que es, desde el punto de vista gramatical, un predicado.

Bertrand Russell (1872-1970)

Bertrand Russell nació en Monmouthshire, Inglaterra, en una familia aristocrática (más tarde heredaría los títulos de conde y vizconde). Sus padres murieron siendo él un niño y fue educado por abuelos muy religiosos. Estudió en el Trinity College, donde, bajo la influencia de McTaggart, se hizo (durante un breve periodo de tiempo) idealista. Más tarde enseñó en el Trinity al mismo tiempo que G. E. Moore y tuvo a Wittgenstein como alumno. Russell escribió mucho en prácticamente todas las áreas de la filosofía, y especialmente en lógica, filosofía de la matemática, filosofía del lenguaje y de la mente y epistemología, pero también en filosofía social y política. Las obras tardías estuvieron dirigidas a un público amplio. Fue un gran estilista de la lengua inglesa, y se le concedió el Premio Nobel de Literatura en 1950. Dos de sus libros —*Los problemas de la filosofía* (1912) e *Historia de la filosofía occidental* (1945)— fueron éxitos de ventas en filosofía. Entre sus contribuciones filosóficas más importantes e influyentes se encuentran la teoría de las descripciones y la paradoja de Russell (que mostraba que el intuitivo «axioma de comprensión» —a cada propiedad le corresponde un conjunto que contiene exactamente los elementos que poseen esa propiedad— conduce a una paradoja).

¿Qué es la existencia?

Al preguntar aquí «¿qué es la existencia?», nos proponemos desvelar la naturaleza de la existencia, pero el método que emplearemos será el lógico-lingüístico. Por lo tanto, considérese una oración afirmativa verdadera, tal como

«George Bush existe». Se trata, gramaticalmente hablando, de una oración dotada de un sujeto y un predicado. Una concepción —la atributiva— la toma en su valor nominal: la gramática de superficie sería la gramática real. La forma lógica de «George Bush existe» sería la aparente: Fa . «George Bush» se refiere a George Bush, el presidente estadounidense número cuarenta y uno, y «existe» se refiere al atributo o la propiedad de la existencia. George Bush tiene, así, la propiedad de la existencia. La existencia sería, pues, una propiedad de los objetos ordinarios, al igual que propiedades como el peso, la altura, la calvicie, etc.

Ahora bien, según otra concepción —la de los cuantificadores—, la gramática de superficie sería engañosa: «existe» no sería realmente un predicado sino un cuantificador. La forma lógica de «George Bush existe» no es Fa , sino $\exists x (x = \text{George Bush})$ (es decir, hay un x tal que x es idéntico a George Bush). Por lo tanto, la existencia no sería una propiedad de George Bush ni de ningún otro objeto ordinario¹³.

Meinong y McGinn, quienes creen en objetos inexistentes, también defienden la concepción atributiva. Y no es casual que lo hagan. Si un atributo es genuino, es natural suponer que algunos objetos lo tienen y otros carecen de él. Y si la existencia es un atributo genuino, se sigue que algunos objetos existen y otros no lo hacen. Estos últimos serían los objetos inexistentes. En consecuencia, la concepción de que la existencia es un atributo, así como la concepción del significado y de la denotación, criticadas en la sección anterior, encajan perfectamente con la doctrina de que hay objetos inexistentes.

¿Cómo decidir entre la concepción atributiva y la cuantificacional? A. J. Ayer escribió una vez que si la concepción atributiva [*the property view*] fuera cierta, «se seguiría que todas las proposiciones existenciales afirmativas serían tautológicas, y todas las proposiciones existenciales negativas, autocontradictorias»¹⁴. No es del todo claro que el primer reparo de Ayer dé en el blanco. El hecho de señalar que la existencia es un atributo no parece implicar por sí solo que, por ejemplo, «George Bush existe» sea una tautología. Es obvio que si uno supone que todo nombre con sentido se refiere a un objeto, y que no hay objetos inexistentes, entonces el sentido del nombre «George Bush» garantizará que la oración «George Bush existe» jamás puede dejar de ser cierta. Pero en eso no interviene para nada la doctrina de que la existencia es una propiedad.

La segunda objeción de Ayer sobre el hecho de que para la concepción atributiva las proposiciones existenciales negativas son contradictorias parece tener más fuerza. Considérese la oración verdadera «Superman no existe». Según la concepción atributiva, «Superman existe» tendría la forma lógica « Fa » (« a es F »); por lo tanto, «Superman no existe» tendría esa misma forma, sólo que habría que colocar « $\sim F$ » (no- F) en lugar de « F »: « $(\sim F)a$ » (que significa: « a es $\sim F$ »). Cualquier oración de esa forma está sujeta a la regla de la generalización existencial: de $(\sim F)a$ se sigue que $\exists x (\sim F)$ (es decir, existe un x que es no- F). Así pues, según la concepción atributiva, de la verdad de «Su-

perman no existe» se sigue que existe algo que no existe. Y esto, según Ayer dice acertadamente, sería contradictorio.

Por supuesto, hay una forma en que esta contradicción puede ser evitada. Si hay objetos inexistentes, entonces la regla de la generalización existencial no se cumple. De acuerdo con los amigos de lo inexistente, de la verdad de «Fa» sólo podemos inferir «algo es F»; y «algo es F» no implica «existe un objeto que es F». Por lo tanto, de «Superman no existe» estamos facultados para inferir sólo «hay algo que no existe». Para los defensores de lo inexistente, esto no sería una contradicción: ¡sería una verdad! Muchas cosas carecen de la propiedad de la existencia, y Superman sería una de ellas.

Sin embargo, la tesis de que hay objetos inexistentes es difícil de aceptar. En primer lugar, parece irrisorio creer que hay un ámbito de objetos que no existen. En segundo lugar, los defensores de lo inexistente deben estar dispuestos a afirmar que las expresiones castellanas «algunos» y «hay» no implican la existencia. Esto es, las oraciones «algunos Fs son G» y «hay Fs que son G» tendrían que ser entendidas de forma tal que no implicasen que existen Fs que son G. Esto es inverosímil. En tercer lugar, la suposición de que todos los nombres son denotativos (a saber, de objetos existentes o inexistentes) es particularmente inverosímil en el caso de nombres como «Vulcano». El astrónomo Jean Leverrier introdujo el nombre «Vulcano» para referirse a un planeta situado entre Mercurio y el Sol, la presencia del cual permitiría explicar ciertas observaciones astronómicas. Resultó que no había tal planeta. «Vulcano» es, pues, un caso paradigmático de ausencia denotativa, no un caso de denotación exitosa de un objeto inexistente.

Aunque la segunda objeción de Ayer en contra de la concepción atributiva quede en pie, la concepción cuantificacional tampoco sale bien parada. Según ésta, en efecto, la oración «Superman no existe» se expresa como « $\sim\exists x (x = \text{Superman})$ » (es decir, no es el caso que haya un x tal que x sea idéntico a Superman). Desafortunadamente, por la regla de generalización existencial, podemos inferir: « $\exists y \sim\exists x (x = y)$ », lo cual constituye una contradicción. Esto muestra que el denominado problema de los existenciales negativos es un problema para todos¹⁵. ¿Cómo podemos reconocer la verdad de «Superman no existe» sin contradecirnos a nosotros mismos o avalar lo inexistente?

¿Hay algún otro modo de decidir entre la concepción cuantificacional y la atributiva? Dos consideraciones hablan a favor de la concepción cuantificacional. Primero, dado que hemos rechazado la doctrina de los objetos inexistentes, ¿qué función desempeñaría la supuesta propiedad de la existencia? Dada la ausencia de lo inexistente, sería una propiedad de todas las cosas. Nada carecería de la propiedad de la existencia. Sin embargo, tendría que ser una propiedad puramente formal, sin efectos casuales algunos. El peso, la masa y la velocidad de un automóvil son propiedades causalmente operativas, pero la existencia del automóvil no lo sería (a pesar de que, trivialmente, el automóvil no tendría ninguna propiedad si no existiera). La postulación de una propiedad semejante parecería, pues, inútil.

¿Qué es eso llamado metafísica?

En segundo lugar, incluso los defensores de la concepción atributiva reconocen que las oraciones «George Bush existe» y « $\exists x (x = \text{George Bush})$ » tienen (necesariamente) el mismo valor de verdad (aunque piensen que esta última no refleja la estructura lógica de la primera). Por consiguiente, ¿qué se ganaría con reconocer además la existencia como una de las propiedades de Bush? Ya se dijo que la existencia no cumple función explicativa alguna. ¿Por qué no suscribir el análisis cuantificacional alegando razones de economía?¹⁶

En suma, la concepción cuantificacional es más plausible que la atributiva. Y al rechazar la concepción atributiva deberíamos rechazar también su pariente más ilustre: la doctrina de los objetos inexistentes y la concepción de que todos los nombres y descripciones significativos denotan algo.

Observaciones finales

En este capítulo hemos sido más condescendientes con la doctrina del realismo modal que con la de los objetos inexistentes. Algunos se asombrarán: ¿No son ambas doctrinas igual de extrañas y extravagantes? Quizás no. A favor del realismo modal de Lewis se pueden aducir varias cosas. Éste explica la verdad de nuestras aseveraciones modales y responde a interrogantes que sin él resultarían enigmáticas, como la de por qué existe nuestro mundo. En cambio, nada se puede aducir a favor de la doctrina de los objetos inexistentes, salvo el hecho de que provee de hacedores de verdad a oraciones como «Superman no existe».

Adicionalmente, hemos cuestionado dos de los motivos para creer en objetos inexistentes: la doctrina de que el significado implica la denotación y la tesis de que la existencia es una propiedad de los objetos ordinarios. Russell nos mostró la manera de rechazar la primera, y las consideraciones adelantadas en la sección precedente nos dan motivos para rechazar la segunda.

Preguntas para el estudio

- ¿Es el realismo modal una posición sustentable?
- ¿Deberíamos asombrarnos de que exista nuestro universo?
- ¿Deberíamos admitir los objetos inexistentes?
- ¿Se te ocurre alguna objeción a la teoría russelliana de las descripciones?
- ¿Es la existencia una propiedad de Fido, así como lo son su lealtad y su temperamento jovial?

Notas

1. Aquí prescindo de la cuestión de si existen o no objetos pasados o futuros. Véase el capítulo 5.

2. D. Lewis, *On the Plurality of Worlds* (Oxford: Basil Blackwell) 1986, pp. 2-3.
3. Esto da ocasión a críticas posibles. Lewis excluye, por definición, la posibilidad de que un único mundo contenga dos o más regiones no conectadas de forma espaciotemporal. Se podría pensar que un asunto así no debería ser zanjado de forma prescriptiva.
4. *Ibíd.*, p. 73.
5. D. Parfit, «The Puzzle of Reality: Why Does the Universe Exist?», reimpresso en P. van Inwagen y D. Zimmerman (eds.) *Metaphysics: The Big Questions* (Oxford: Basil Blackwell) 1998, p. 419. (El artículo de Parfit va seguido de una útil réplica de R. Swinburne, pp. 427-429.)
6. Parfit, *op. cit.*, pp. 419-420.
7. S. Kripke, *Naming and Necessity* (Oxford: Basil Blackwell) 1980, p. 45, n. 13.
8. C. McGinn, *Logical Properties* (Oxford: Oxford University Press) 2000, p. 16.
9. B. Russell, «Descriptions», en su *Introduction to Mathematical Philosophy* (Nueva York: Simon & Schuster) 1961, p. 169.
10. El artículo de Russell está reimpresso en su *Logic and Knowledge* (Londres: Unwin Hyman Ltd) 1956, pp. 39-57.
11. Por lo tanto, para Russell la expresión «error denotativo» es un oxímoron. Si un término singular gramatical puede ser significativo estando ausente su objeto, entonces no es un término denotativo. Por esta razón, Russell concluye que las descripciones definidas y los nombres propios ordinarios no son términos denotativos.
12. Véase Kripke, *op. cit.*, especialmente las conferencias I y II.
13. Según esta concepción, la existencia es una propiedad, pero de los conceptos, no de los objetos. Así, el concepto de «George Bush» tendría la propiedad de estar instanciado.
14. A. J. Ayer, *Language, Truth and Logic* (Harmondsworth: Penguin) 1976, p. 58.
15. O, al menos, un problema para cualquiera que rechace la concepción de que los nombres propios como «Superman» son descripciones encubiertas. Según la teoría de los nombres como descripciones, la oración criticada por Kripke «Superman no existe» es verdadera como « $\sim\exists xFx$ », donde «F» es una descripción determinada asociada con «Superman». Tal transcripción ni es contradictoria ni requiere de lo inexistente para ser verdadera.
16. Además, la concepción cuantificacional parece mejor equipada para manejar oraciones existenciales generales, tales como «los tigres existen». Esta oración es verdadera como « $\exists x (x \text{ es un tigre})$ », y las oraciones como «los tigres existen» expresan un mismo enunciado independientemente de cuántos tigres existan. En cambio, ¿cómo entiende la concepción atributiva «los tigres existen»? ¿De qué exactamente se predica la propiedad de la existencia? Presumiblemente, o bien de la totalidad de los tigres, o bien de cada tigre tomado individualmente. En cualquiera de estos dos casos, la oración «los tigres existen» parece tener que expresar un enunciado distinto si disminuyera el número de tigres existentes.

Bibliografía adicional comentada

- S. Kripke, *Naming and Necessity* (Oxford: Basil Blackwell) 1980. Uno de los trabajos más brillantes e influyentes de la filosofía contemporánea. Kripke propuso una filosofía del lenguaje afín al esencialismo y, con ello, rehabilitó la investigación metafísica como un área central de la filosofía.
- D. Lewis, *On the Plurality of Worlds* (Oxford: Basil Blackwell) 1986. Exposición clásica y defensa del realismo modal.

¿Qué es eso llamado metafísica?

- C. McGinn, *Logical Properties* (Oxford: Oxford University Press) 2000. El capítulo de McGinn titulado «Existencia» brinda una exposición clara de la posición contemporánea que sigue la línea de Meinong.

Recursos en Internet

- P. Mackie (1998) «Existence», en E. Craig (ed.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*. Bajado el 31 de mayo de 2006 de <<http://www.rep.routledge.com/article/X013>>.
- B. Miller (2002) «Existence», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy (edición de verano de 2002)*, Edward N. Zalta (ed.). Bajado el 31 de mayo de 2006 de <<http://plato.stanford.edu/archives/sum2002/entries/existence>>.
- L. N. Oaklander (2005) «Negative Facts», en E. Craig (ed.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*. Bajado el 31 de mayo de 2006 de <<http://www.rep.routledge.com/article/N118>>.